

Datos y Ciudadanía

En el actual escenario de sobreabundancia informativa, la discusión pública en Chile evidencia una dificultad persistente: la incipiente capacidad de interpretar entre datos y más allá de los datos. Un caso reciente lo ilustra con claridad. Tras la difusión de resultados educativos —como los del SIMCE— se han instalado lecturas simplificadas en redes sociales, donde variaciones en puntajes son rápidamente utilizadas para sostener juicios categóricos sobre el sistema escolar o sobre políticas gubernamentales.

Sin embargo, estas afirmaciones suelen omitir aspectos fundamentales: márgenes de error, diferencias entre cohortes, efectos de contexto socioeconómico y la propia naturaleza muestral o censal de las mediciones. Así, un aumento o descenso de algunos puntos es presentado como “mejora” o “fracaso” sin atender a su significación estadística ni a su estabilidad en el tiempo. A ello se suman falacias recurrentes: la *ad hominem*, que desacredita los resultados según quien los reporta, y la apelación a la autoridad, que valida interpretaciones por el estatus del emisor más que por la solidez del análisis.

Desde la perspectiva de la estadística cívica, el problema no radica en la disponibilidad de datos, sino en su uso. Un dato educativo no es un valor aislado, sino el resultado de decisiones metodológicas, condiciones de aplicación y marcos interpretativos específicos. Por tanto, su lectura exige considerar su procedencia, su variabilidad, su comparabilidad y sus límites inferenciales.

En este contexto, la formación de profesores de matemática adquiere un rol estratégico. No se trata únicamente de enseñar técnicas, sino de formar profesionales capaces de problematizar el uso de datos en contextos reales. En una sociedad donde los datos estructuran el debate público, educar estadísticamente es, en rigor, educar para la deliberación informada.

Por Dr. Pedro Vidal-Szabó
Jefe de Magister en Educación Matemática
Universidad de Los Lagos.

